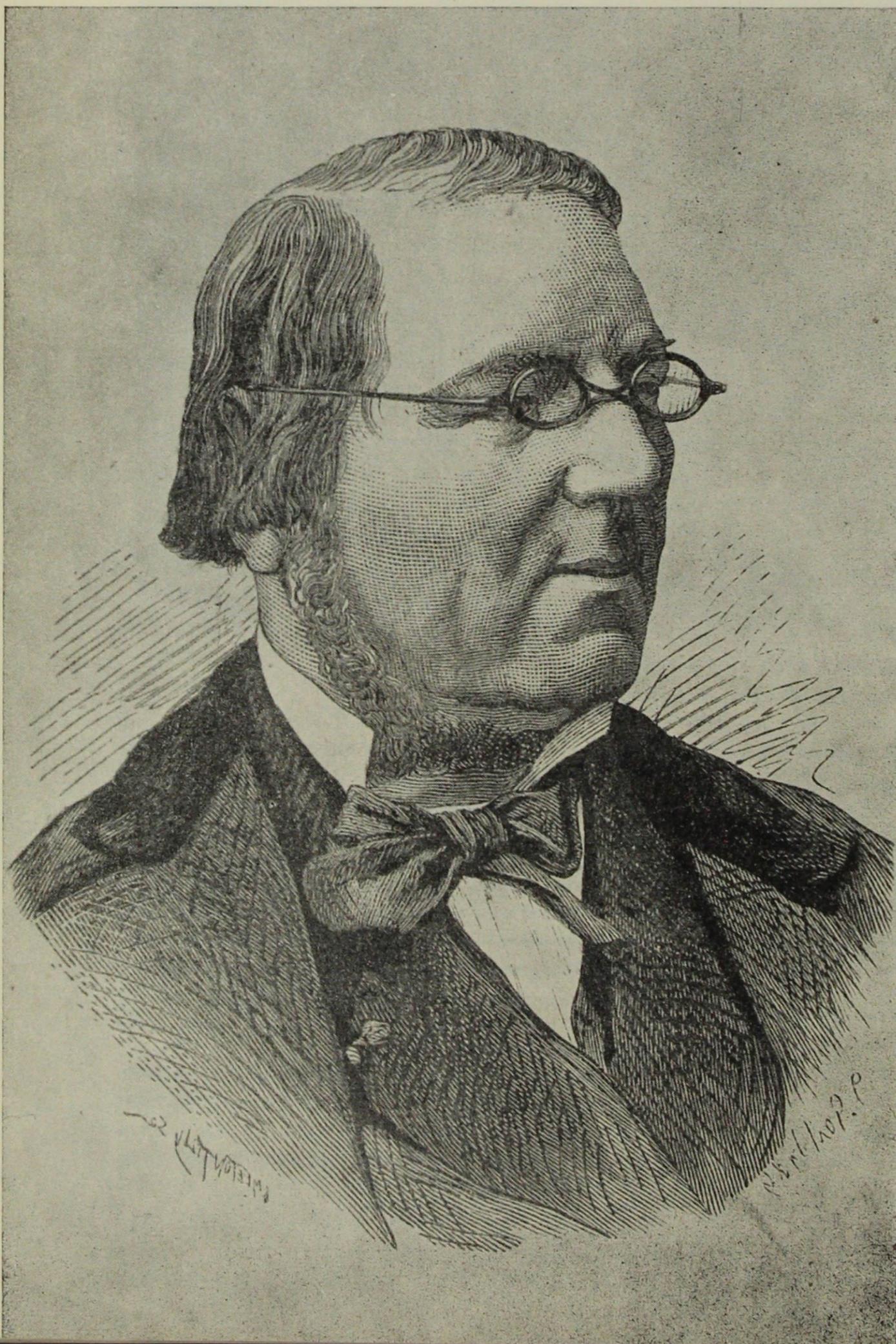


CLAUDIO GAY: TESTIGO DE UN CHILE DE HACE
MAS DE UN SIGLO

por el Prof. SERGIO VILLALOBOS



Claudio Gay

N. de la R.: El presente artículo, que corresponde a un estudio del prof. Sergio Villalobos, acerca de la obra y la personalidad de Claudio Gay, es el texto preliminar de un libro de próxima aparición, que bajo el título de *Imagen de Chile histórico*, constituirá una nueva edición del atlas de la monumental obra del naturalista francés *Historia física y política de Chile*. De esta obra, publicada por primera vez en 1844, existen solamente algunos ejemplares que por ser considerados raras piezas bibliográficas son de difícil acceso. Desde este punto de vista, la reedición de las láminas de la obra de Gay vendrá a satisfacer una necesidad de conocimiento y divulgación largamente sentida.

Hacia varios días que grupos de muchachos pobres y sucios asediaban una de las posadas junto a una calle retorcida y polvorienta de Valparaíso. Sus gritos y bromas se escuchaban a cualquier hora, mientras esperaban que llegase o saliese un joven francés, cuyas actividades, si no su condición de extranjero, despertaban la suspicacia y la ironía del vecindario. Nadie podía comprender su interés por las flores del campo, que todos despreciaban, los insectos y cuanto bicho de tierra o mar existía. Pero los muchachos sabían bien que recompensaba con un peso a quien le presentaba cualquier planta o animalito curioso.

En la calle corrían tras él.

Señor, esto es nuevo, gritaba uno.

Ud. no lo conoce, agregaba otro con un pececillo en la mano.

Por las playas y las quebradas discurrían los mozalbetes y algunos hombres, sin perdonar trasnochadas, alcanzaban hasta Quintero o San Antonio recolectando cuanto les parecía interesante.

En esta forma más de 150 pesos habían pasado a mano de los bullangueros e improvisados agentes de la ciencia.

Cuando el dueño de la posada creía ya enloquecer, el joven francés anunció, por fin, que pronto saldría para las islas de Juan Fernández.

Corrían entonces los primeros días de 1832. Desde hacía poco más de un año, don Claudio Gay, contratado por el gobierno de Chile, estudiaba la naturaleza del país.

Había nacido el 18 de marzo de 1800 en Draguignan, ciudad recostada entre las colinas de Provenza. Sus padres poseían allí unas cortas tierras agrícolas suficientes para una vida tranquila y modesta; como gente de bien, habían querido para su hijo la mejor educación y después de los estudios en el liceo, haciendo cualquier sacrificio, le habían enviado a París a estudiar medicina y farmacia.

En la capital el ambiente científico atrajo irresistiblemente al joven, cuya curiosidad sin límites parecía orientarse más bien hacia el cultivo de la ciencia que hacia los estudios profesionales. Concurrió a los cursos del Museo de Historia Natural y recibió la influencia de grandes maestros: Fee, Cuvier, Adolphe y Alexandre Brongniart, Desfontaines, Can-

dolle, A. L. Jussieu y Balbis. Ellos estimularon sus inquietudes y lo lanzaron al campo de las investigaciones. ¡Adiós medicina y farmacia!

Por delante se presentaba un terreno casi inagotable para un joven esforzado y animoso como él. La botánica se llevaba sus preferencias, acaso por la influencia de Jussieu, miembro de una antigua dinastía de grandes botánicos, y de Balbis, que a la sazón preparaba su *Flore Lyonnaise*, obra en la que colaboró como recolector de materiales.

Bastaban ciertos conocimientos adecuados, una mochila y buen calzado, para sentirse en expedición científica. Bajo las instrucciones de sus maestros, recorrió así los Alpes franceses y el norte de Italia, parte de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor.

De regreso de esta última región, conoció en París a un periodista y aventurero francés llamado Pedro Chapuis, que bajo las apariencias de gran seriedad organizaba un grupo de profesores para establecer un colegio en Chile. Las conversaciones con Chapuis le abrieron una nueva posibilidad: estudiar la flora de un país casi desconocido, que le permitiría realizar aportes originales a la botánica. Sus maestros confirmaron sus ideas y fue así como resueltamente se lanzó a conquistar las tierras del Nuevo Mundo.

Los primeros momentos en Chile no fueron del todo felices. El director del Liceo de Chile, José Joaquín de Mora, espíritu liberal que tenía motivos para despreciar al organizador del nuevo colegio, lo recibió con una andanada desde *El Mercurio* de Valparaíso, en que advertía al país "la llegada del nunca bastante ponderado truchimán y caballero de industria M. de Chapuis", que junto con sus profesores y apoyado por los pelucones, se proponía difundir las ideas conservadoras.

Los profesores, por su parte, tenían dificultades con Chapuis y después de muchas incidencias, en que éste quedó marginado, se abrió el llamado Colegio de Santiago, con la tuición de los pelucones. Gay debía desempeñar en él las clases de física y ciencias naturales; pero el desapego general hacia esas disciplinas, casi desconocidas en el país, le puso en la necesidad de enseñar más bien geografía regional a los pocos alumnos que se interesaban por estudiar ese ramo, que era optativo.

Sus escasas obligaciones docentes le dejaban tiempo libre para dedicarse al estudio de la naturaleza. A pesar de las dificultades que encontraba para trasladarse de un punto a otro y de los subidos gastos que demandaba cualquier viaje, recorrió los alrededores de Santiago, alcanzó hasta la costa y exploró la cordillera. Los objetos naturales que iba recogien-

do le llenaban de alegría. "En una primavera únicamente —decía a uno de sus maestros— el número de especies que forman parte de mi colección en botánica y en zoología, sube a cerca de dos mil".

La infatigable actividad de Gay y su pasión por el estudio, llegaron pronto a conocimiento del gobierno, entonces encabezado por el vicepresidente don José Tomás Ovalle y dirigido por el todopoderoso ministro Diego Portales. El francés parecía hombre a propósito para encargarle el estudio científico del país, vieja idea que nunca se había podido concretar por falta de una persona idónea. Algún aventurero y gente de menor empuje habían ofrecido sus servicios a gobiernos anteriores, pero no se había adelantado nada. A medida que pasaba el tiempo se acentuaba la necesidad de un conocimiento cabal del país: no existía entonces ningún mapa medianamente aceptable, no se conocía con exactitud la ubicación de las ciudades ni de otros puntos geográficos: la flora y fauna no habían merecido ningún estudio detenido, la estructura geológica era desconocida y los conceptos climáticos apenas pasaban de ser opiniones de algunos buenos vecinos o de observaciones apresuradas. Todo estaba por hacerse.

Portales no se engañó al juzgar a aquel joven de treinta años. Su discreción y modestia parecían ser las de un verdadero científico; le faltaba desenvoltura, pero su tímida voz y su difícil castellano se animaban cuando se trataba de un proyecto científico. Por lo demás, las expediciones que había hecho y las colecciones de plantas y minerales que iba reuniendo, eran buena prueba de su dedicación al estudio.

Fue fácil llegar a un acuerdo, a pesar de que las metas del gobierno eran muy ambiciosas y sus condiciones poco generosas. El 14 de septiembre de 1830 se firmó un contrato mediante el cual Gay se comprometía a recorrer todo el país en tres años y medio para estudiar la flora, fauna, geografía y geología y recopilar datos para una estadística. Al cabo de cuatro años debería presentar una historia natural y una geografía física y descriptiva, todo acompañado de muchas láminas, vistas, planos y mapas. Como si esto fuese poco, elaboraría además un estudio geológico, otro sobre las aguas minerales y recopilaría la estadística relativa a la producción, comercio y demografía. El resultado de sus estudios debía darlo a luz pública en un plazo no superior a tres años después de concluida su comisión.

Como una tarea complementaria, debería formar un gabinete de historia natural con ejemplares de

las especies zoológicas y botánicas y de los productos minerales del país.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante cuatro años y al finalizar sus trabajos, "si cumple con lo que promete", se le otorgaría un premio no inferior a tres mil pesos.

Una comisión de tres personas, ciudadanos destacados y los más preparados que se pudo encontrar en ciencias o aficionados a ellas, controlaría el progreso de las investigaciones y para mayor seguridad, don Claudio Gay depositaría en casa de uno de ellos sus libros, colecciones de especies y dibujos, que pasarían a poder del estado en caso de que los trabajos no marchasen bien.

Así se manejaban las cosas en un país que entraba por la senda rígida de la organización. Cautela, sobriedad y medida en los gastos no estaban de más.

Inmediatamente, Gay se puso en campaña, feliz de poder dedicarse a sus tareas favoritas. La primera región que escogió fue la de Colchagua y hacia allá se encaminó con su escaso equipaje, herbarios, frascos, útiles de dibujo y algunos instrumentos anticuados y de mala clase facilitados por el gobierno. En cualquier parte organizaba rápidamente una expedición con unos cuantos caballos, mulas de carga, algunos peones, un capataz y cualquier persona que quisiese acompañarle. Su actividad era infatigable: pasaba días enteros sobre el caballo, trepaba cerros altísimos y bajaba a los precipicios más profundos, a pie o a caballo, sin arredrarse; soportaba el calor, la sed y el frío sin lamentos, dormía al aire libre o bajo cualquier techo rústico y jamás perdía su buen humor.

Después de recorrer íntegramente la región de Colchagua, organizó una expedición al desierto de Atacama para aprovechar los meses de invierno. Desgraciadamente, el viaje fue casi un fracaso debido a la extrema sequedad del año, que impidió el reverdecimiento de la vegetación, frustrando las búsquedas del botánico y causando, por otro lado, muchas molestias a los expedicionados. En una de las excursiones hasta perdieron algunos caballos por la falta de pastos y debieron regresar a Copiapó, centro de sus operaciones.

Tras un año de trabajo, Gay se convenció que le sería muy difícil concluir su tarea si no contaba con algunos ayudantes que lo auxiliasen y con instrumentos para las observaciones geográficas. Las regiones de Chile eran muy variadas y su naturaleza muy rica, de modo que si se deseaba realizar investigaciones serias, la empresa era realmente gigantesca.

Para solucionar esos inconvenientes se propuso hacer un viaje a Francia, donde le sería fácil obtener los instrumentos y buscar uno o dos colaboradores, al mismo tiempo que aquella sería una buena oportunidad para dar a conocer sus investigaciones a los científicos de su patria. El gobierno accedió a su petición y le dio los recursos necesarios para el viaje y la adquisición de los instrumentos.

A comienzos de 1832, Gay se encontraba en Valparaíso con su equipaje listo para trasladarse a Europa. Mientras esperaba un barco, aprovechó el tiempo en reconocer la costa y los alrededores del puerto y fue entonces cuando causó tanto alboroto entre los muchachos del lugar.

Repentinamente se le presentó otra nueva perspectiva, que podía aprovechar, aun cuando el viaje a Francia tuviese que ser diferido por un tiempo. La goleta *Colocolo* de la marina chilena estaba por zarpar a las islas de Juan Fernández y esa oportunidad no podía desperdiciarse, pues difícilmente volvería a presentarse en el futuro. Le fue fácil obtener pasaje del gobierno y después de unos rápidos arreglos se encontró navegando hacia Más a Tierra.

Durante tres días la pequeña goleta fue zarandeada por el oleaje y el viento de travesía empeñado en rociar la cubierta y el velamen con la espuma salobre arrancada a las olas. Pero al fin se desplegó a los ojos de Gay el paisaje fantástico de la isla mayor y su mente, sobrecogida, vagó curiosa junto con la mirada: "Es un verdadero caos, una confusión espantosa de montañas escarpadas y de rocas perpendiculares que representan techos, torres, minas, cuyas sombras fuertemente expresadas, hacen a este paisaje a la vez espantoso y pintoresco y dan al todo ese aspecto lúgubre que hace desesperar a sus culpables y desgraciados habitantes. Todos estos picos, todos estos techos, están unidos los unos a los otros por una cresta de montañas donde se presentan los precipicios más horribles".

La vegetación formaba una masa compacta de árboles, helechos y arbustos, que apenas podían penetrar los pájaros y los insectos y donde el botánico habría tenido materia para largos estudios. La conformación rocosa de las altas montañas, que difícilmente se elevaban sobre el pesado manto vegetal, ofrecía mil motivos de interés. El clima, el viento y la lluvia, que se descargaban inclementes bajando como vendavales por faldeos y quebradas, presentaban también un vasto campo para las observaciones; pero el tiempo era corto y el joven científico, que caía de sorpresa en sorpresa, sólo pudo atisbar, por aquí y por allá, las posibilidades que la isla presentaba al estudioso. Con todo, varias nuevas espe-

cies vegetales y animales enriquecieron sus colecciones y el viaje resultó una experiencia notable. El momento de mayor felicidad fue cuando pudo alcanzar la cumbre del cerro Yunque, después de haber bordeado enormes precipicios y de haber asombrado a las cabras silvestres que con curiosidad observaban al intruso que llegaba a perturbar la tranquilidad de su refugio de rocas y nubes. El espectáculo era espléndido. El viento zumbaba y desordenaba el cabello. La línea del horizonte limitaba el azul del cielo y la plancha bruñida del mar. Abajo las rocas se veían como ruinas cubiertas de vegetación y en la bahía la goleta de juguete permanecía inmóvil, insignificante.

Con la esperanza de volver algún día, Gay abandonó el archipiélago y regresó a Valparaíso para emprender el viaje a Europa.

No eran muy tranquilos los días que vivía Francia bajo la monarquía de Julio. Incidencias políticas y sociales cundían en el reinado de Luis Felipe de Orleans y para mayor preocupación, el cólera causaba estragos en la población, llevándose incluso a Cuvier, maestro y buen apoyo de Gay.

Nada parecía cambiar, sin embargo, en el Museo de Historia Natural ni en la Academia de Ciencias, donde seguían pululando los sabios y hacia donde necesariamente dirigió sus pasos el recién llegado, que tenía tantas cosas que presentar. Los viejos maestros le recibieron con cariño y quedaron sorprendidos cuando Gay desplegó ante sus ojos la infinidad de ejemplares botánicos y zoológicos que había llevado consigo.

El Museo recibió magníficos obsequios: una colección de minerales y fósiles, animales disecados, un cóndor vivo, cerca de mil especies de plantas, dibujos de flores y un surtido de semillas que al poco tiempo enriquecieron con nuevas plantas los jardines de la institución. La Academia de Ciencias tomó nota de los trabajos de Gay y una comisión de diferentes especialistas recomendó calurosamente la labor realizada, instando al joven científico a seguir adelante y solicitando al gobierno francés que lo apoyase. La Sociedad de Geografía también elogió sus actividades y le dio aliento para continuar.

El gobierno no pudo auxiliarlo de manera eficaz, pero apreciando debidamente sus esfuerzos, lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

Al mismo tiempo que conquistaba el ambiente académico, Gay se ocupaba de adquirir y mandar los más modernos y finos instrumentos científicos. El célebre astrónomo y físico Francisco Arago le recomendó al técnico y sabio Enrique P. Gambey, que se encargó de fabricarle teodolitos, barómetros, brú-

julas de inclinación, de intensidad y de variaciones diurnas, que eran la admiración de los geógrafos. Con ese conjunto de aparatos, Gay podía sentirse satisfecho, ya que le permitiría efectuar grandes avances en el estudio de la geografía.

La vocación por el trabajo científico era en Gay irresistible y hasta ese momento todas sus preocupaciones iban hacia allá, esquivando el trato social y cualquier situación que lo distrajesen de sus tareas. Pero no iba a escapar eternamente al juego de la vida y sin saber cómo, contra su voluntad, se sintió un día envuelto en las divagaciones del amor.

El cerebro y el corazón hablaron largamente su lenguaje contrapuesto; pero el encanto y la suavidad de su amada eran avasalladores y las razones concluyeron por amoldarse al impulso de los sentimientos. Gay tenía un alma sencilla y la inexperiencia de un niño y en sus ilusiones creía que el amor y el trabajo serían la dicha de su hogar. Ella tenía cierta cultura, había viajado, demostraba interés por sus trabajos, y su dedicación al dibujo y la pintura podían convertirla en excelente colaboradora. ¿Qué más podía desear?

Vencida su propia resistencia, los arreglos de la boda se efectuaron rápidamente, porque el tiempo urgía y había que regresar cuanto antes al Nuevo Mundo.

Comenzaba a correr el año 1834 cuando llegó a Chile, ahora con mayor seguridad, su propio hogar, y dispuesto a acelerar los trabajos para darles término.

Durante algunos meses trabajó en la región cercana a Santiago y valiéndose de sus instrumentos realizó observaciones metódicas sobre el magnetismo terrestre. Más adelante prosiguió esas investigaciones en Valdivia y otros puntos y llegó a establecer que la aguja magnética en lugar de experimentar dos variaciones diarias, como en el hemisferio norte, ofrecía tres variaciones y observó, además, las perturbaciones provocadas por los terremotos y las auroras polares. Sus valiosas conclusiones las transmitió a Francisco Arago y éste las dio a conocer a la Academia de Ciencias.

A fines de 1834 se trasladó a Valdivia, aprovechando la salida de un bergantín que el gobierno enviaba a aquella plaza. La región era casi completamente desconocida, pues vivía aislada del país y en ella no existían más que la guarnición de las fortalezas de Valdivia, un pequeño poblado de escasa vida y la colonia de Osorno perdida en el interior, de manera que las investigaciones científicas tenían un campo virgen. Además, Gay tenía un gran interés por conocer al pueblo araucano y apreciar su vida y costumbres.

El gobierno, presidido ahora por el general don Joaquín Prieto, dio órdenes precisas a los intendentes para que le auxiliaren de la mejor manera y pusiesen a su disposición los medios necesarios para sus exploraciones.

Una vez en Valdivia, el primer objeto de Gay fue internarse en el territorio de los aborígenes y para ello contó con algunos guías e intérpretes. La espontaneidad y sencillez del explorador ganaban la voluntad de los caciques y en ninguna parte tuvo dificultades. Si los indios mostraban alguna resistencia, ponía en juego sus habilidades de prestidigitador y mientras las pelotas volaban complicadamente de una a otra mano o los objetos aparecían y desaparecían entre sus dedos, el rostro de los naturales pasaba de la sorpresa al regocijo y todo quedaba allanado para estrechar la amistad.

En esa forma pudo conocer la intimidad de los indios y convivir con ellos en sus diferentes ceremonias, como el matrimonio, el entierro, los actos religiosos y el tratamiento de las enfermedades, de todo lo cual hizo dibujos.

El carácter boscoso de la región dificultó enormemente sus exploraciones; pero en todo caso los resultados fueron muy buenos para la ciencia. Entre otras observaciones interesantes que realizó, estuvo la relativa a las costumbres de las sanguijuelas, que en lugar de habitar en los charcos y arroyos, lo hacían lejos de ellos, trepando en las plantas o los troncos, como lo dejaban ver las heridas de sus piernas cada vez que penetraba en un bosque o caminaba entre matorrales. También observó que las culebras, siempre tenidas por ovíparas, tendían a dar a luz hijos vivos, cosa que pudo comprobar, además, con las disecciones que practicó allí y otras que efectuó en Santiago.

Después de un año de investigar en Valdivia, Gay se trasladó a Chiloé y permaneció allí varios meses, al cabo de los cuales pudo regresar a Santiago y pasar revista a sus trabajos. Informando al ministro Portales, anotaba la recolección de 5 cuadrúpedos, 213 pájaros, 21 reptiles, 47 peces y 2.557 invertebrados; en lo que a especies botánicas se refiere, la cantidad ascendía a 1.320. Numerosos volúmenes manuscritos contenían sus anotaciones sobre los animales y las plantas, el magnetismo terrestre, la geografía y la estadística, fuera de un diario meteorológico llevado con toda minuciosidad y dos volúmenes con dibujos coloreados de 1.437 objetos naturales. Además, había confeccionado diversos mapas, entre los que sobresalían los relativos a Valdivia y Chiloé, que desvirtuaban errores tan graves como el de colocar la ciudad de Osorno junto a un gran lago y el de atribuir a la isla de Chiloé una longitud exa-

gerada en más de 45 kilómetros. Tal era la cantidad de informaciones y especies que reunía Gay en sus exploraciones y el valor de sus contribuciones.

A continuación, recorrió la provincia de Coquimbo empleando en ello casi un año, y luego, durante muchos meses, trabajó en la región que se extiende entre Talca y Concepción. Con esas exploraciones, Gay podía considerar casi concluido el reconocimiento del territorio nacional y veía aproximarse el momento en que debería ordenar sus materiales para elaborar su obra.

Antes debió ocuparse, sin embargo, de otra tarea consultada en el contrato con el gobierno, la organización de un gabinete de historia natural. Para ese efecto obtuvo una amplia sala con estanterías modestas en un viejo edificio fiscal y allí trabajó largamente, acomodando y clasificando las muestras de animales y vegetales y distribuyendo, además, especies minerales, fósiles y utensilios indígenas. Gay estimaba de gran valor aquellas colecciones y pensaba que no solamente serían útiles al hombre de ciencias, sino que también servirían para divulgar el conocimiento de la naturaleza y estimular a los jóvenes para su estudio. Por eso su labor fue de cariño y de entusiasmo, sin que le desalentasen los inconvenientes ni la pobreza material de las instalaciones. En el futuro, quizás, habría mayor holgura y las colecciones se enriquecerían.

Ese fue el origen del Museo de Historia Natural.

A medida que había ido recorriendo el territorio, la conversación con toda clase de gente había traído a Gay la evocación, a veces melancólica, a veces crítica, de los últimos tiempos coloniales o el entusiasmo de los días de la Independencia, y poco a poco se había ido interesando por conocer la historia del país. Esa simple afición se acentuó en sus largas conversaciones con don Mariano Egaña, siempre interesado en toda clase de estudios, y de allí surgió la idea de extender las investigaciones a la historia, pese a la resistencia de Gay, que nunca había pensado seriamente en dedicarse a ese tipo de estudios y cuya vocación le impulsaba por completo al mundo de la naturaleza. La influencia de Egaña, a la sazón ministro de Justicia, culto e instrucción pública, fue, sin embargo, decisiva y sus razones convencieron a Gay: el conocimiento del pasado chileno era deficiente, ya que sólo se contaba con las crónicas coloniales y no existía ninguna obra que cumpliera con las exigencias de la ciencia histórica. Sobre la Emancipación tampoco había ninguna obra fidedigna y el momento era propicio para ensayar su estudio, pues aún vivían muchos de los personajes y testigos de aquellos años y sus informaciones debían ser aprovechadas antes que desapareciesen.

Resuelto a emprender la tarea, que daría mayor interés y popularidad a su obra, Gay comenzó a reunir viejas crónicas y documentos de archivos públicos y privados, a la vez que conversaba con muchos personajes, llenando infinidad de hojas con su letra menuda y rápida. Así obtuvo los testimonios, entre otros, de don Juan Francisco Meneses, don Manuel de Salas, don José Miguel Infante, don Joaquín Prieto y don Juan Gregorio las Heras.

En el mismo momento en que Gay iniciaba sus investigaciones históricas, el ejército chileno comandado por el general Manuel Bulnes lograba la destrucción de la Confederación Perú-Boliviana en los campos de Yungay, poniendo fin a los sueños hegemónicos del protector Andrés de Santa Cruz. Como las fuerzas expedicionarias deberían permanecer un tiempo en el Perú con el fin de garantizar el orden y respaldar al nuevo gobierno, Egaña y Gay pensaron que la ocasión era buena para investigar en los archivos del antiguo virreinato, cuyos documentos debían ser de gran valor para la historia de Chile. Gay pensó, además, ampliar sus observaciones científicas.

En marzo de 1839 se dirigió a Lima y allí fue bien acogido por el general Bulnes, el representante chileno don Ventura Lavalle y don Miguel de la Barra, cuyos vastos conocimientos le fueron de gran utilidad. El resultado de sus búsquedas fue más pobre de lo que esperaba. Los papeles del gobierno virreinal habían casi desaparecido a causa de un incendio y de los robos y saqueos desencadenados por la turbulencia política que siguió a la Independencia. Algunas oficinas administrativas conservaban sus fondos documentales y allí buscó Gay con más entusiasmo que buena suerte, pues las informaciones que contenían no se prestaban para el tipo de historia política y militar que meditaba. Tuvo mejor suerte en lo relativo a la lucha de la emancipación y él mismo anunció al ministro Egaña: "He tenido la felicidad de poseer toda la correspondencia oficial y privada de Osorio con el virrey Pezuela, y la de éste con el general Morillo. La batalla de Maipo hacía casi todo el gasto, por donde se ve la grande influencia que ella ejerció sobre la suerte de toda la América. Si la victoria de Chacabuco hizo levantar un poco la cabeza de la libertad americana, profundamente abatida por los repetidos reveses en el Alto Perú, en Colombia y en México, la de Maipo restableció enteramente su poder y decidió finalmente de la suerte de todas estas felices y gloriosas naciones".

Tan importantes como los documentos, fueron las conversaciones con don Bernardo O'Higgins, que residía en la capital peruana manejando desde allí los

asuntos de la hacienda de Montalbán. Aquellos días eran de congoja para el prócer debido a una grave enfermedad de su madre doña Isabel, que luego falleció, y por los males que le aquejaban a él mismo. Pero las indagaciones del francés tocaban sus más vívidos recuerdos y sin saber cómo se enfrascaba en el diálogo por horas y horas.

Diariamente, durante casi un mes, Gay tomó nota de los relatos de O'Higgins y así pudo tener un material precioso, que junto con los documentos le permitiría ensayar un buen cuadro de la época de la Independencia.

Concluidas las investigaciones históricas, realizó un viaje al Cuzco para estudiar la naturaleza de la Sierra peruana y conocer los monumentos precolombinos de la antigua capital de los incas. La travesía de la primera garganta cordillerana a 4.815 metros de altura, le hizo sentir toda la incomodidad de la puna: dolor de cabeza, vómitos y un abatimiento que le impedía hasta consultar sus aparatos de física terrestre; pero luego se fue acostumbrando y pudo completar sus observaciones en esas grandes alturas.

Durante un mes recorrió detenidamente el camino al Cuzco, visitando puntos de tanto interés como Tarma, donde pudo ver los restos del camino de los incas, Huancavelica y sus famosas minas de mercurio, Ayacucho, Abancay, Apurímac, etc. Desde el Cuzco efectuó, finalmente, el cruce de los últimos cordones andinos y exploró en tierras de indios salvajes, algunos de los ríos tributarios del Amazonas que desprenden sus aguas de las cumbres cordilleranas.

El regreso del Cuzco lo hizo por la región desértica de Arequipa y de allí se dirigió por mar al Callao para preparar su regreso a Chile.

A pesar de lo apresurado del viaje, su resultado era muy interesante para el historiador y el naturalista, que desembarcó en Valparaíso con sus baúles llenos de papeles y un cargamento de especies naturales y objetos arqueológicos, parte de los cuales ingresaron al Museo de Historia Natural.

Dos años debió permanecer todavía en Chile para concluir sus investigaciones históricas, ordenar todos los materiales y terminar los arreglos en el Museo. Sus actividades le mantenían absorto, completamente sustraído a la vida social, para la cual no sentía ninguna inclinación. El trato se reducía a los hombres de gobierno, las autoridades y unas cuantas personas ilustradas que podían apreciar sus afanes. El era un hombre modesto en sus actitudes, ordenado y cuidadoso en los gastos; vestía sin mucha preocupación por la elegancia y sus maneras, aunque correctas, no tenían la desenvoltura que da el roce

social. Fuera del trabajo, su felicidad residía en las pequeñas cosas de la vida: una mesa bien puesta o unos pasteles provocativos, la caza, etc.

De vuelta de Francia se había instalado con su esposa en una casa de la primera cuadra de Morandé; pero luego, buscando la tranquilidad y la holgura para sus trabajos, se había mudado a una casa quinta en la Cañadilla, al otro lado del río.

La felicidad del matrimonio hacía tiempo que había desaparecido y una tirantez creciente envenenaba las horas del hogar. La esposa exigía dinero para sus gastos y para remitir a su familia, constantemente endeudada y pronta para derrochar cualquier cantidad que le llegase. Por otra parte, el retraimiento de Gay, sus continuos viajes, que todo lo desorganizaban, y hasta la casa a medio amoblar, eran motivos de recriminaciones, que la esposa llevaba al seno de otras familias en busca de apoyo y censura contra su marido.

Sólo una pequeña hija, llamada Teresa, era la alegría del padre.

Mientras la vida íntima se arrastraba de escollo en escollo, Gay vio por fin concluida la recopilación de materiales y próximo el día que se trasladaría a París a elaborar su obra y publicarla. Con el objeto de financiar la impresión abrió suscripciones entre los particulares y editó un prospecto en que señalaba las características de la obra.

Comprendería entre quince y veinte volúmenes que abarcarían todos los aspectos estudiados por él; un grupo de científicos de alto renombre se ocuparía de cada materia según sus especialidades y él se reservaba la dirección total de la obra y su redacción definitiva. Muchos temas serían también de su exclusiva responsabilidad.

El título sería *Historia física y política de Chile* y aparecería por entregas de 136 páginas acompañadas de láminas que al finalizar constituirían dos álbumes de gran formato.

Don Andrés Bello comentó en la prensa muy favorablemente el proyecto, haciendo justicia al esfuerzo del naturalista francés y muchas personas recibieron con entusiasmo la idea de tener un ejemplar. Las suscripciones anduvieron rápidas y se alcanzó la bonita cifra de 605, que dado el escaso desarrollo de la cultura, podía estimarse muy halagüeña. El gobierno se suscribió a 400 ejemplares para contribuir a la publicación y de esa manera quedó garantizado el financiamiento.

Antes de partir, Gay vio llegar la hora de las recompensas y los honores, que nunca buscó; pero que debían llenarlo de satisfacción, pues al fin y al cabo, eran el reconocimiento a sus esfuerzos. Al hacer entrega del Museo de Historia Natural, que

él estimaba como el mejor de Latinoamérica y comparable con algunos de Europa, el presidente don Manuel Bulnes y su ministro de justicia, culto e instrucción pública, don Manuel Montt, decretaron que un retrato del naturalista, costado por el erario, se colocase en el Museo.

Una ley fechada el 29 de diciembre de 1841, promulgada también con las firmas de Bulnes y Montt, concedió a Gay, como gracia especial, la ciudadanía chilena y le otorgó un premio de seis mil pesos.

Tras el reconocimiento oficial estaba el agradecimiento del pueblo chileno y así lo sentía Gay, que en sus excursiones había encontrado en todas partes la mejor colaboración y un trato amistoso. Intendentes y funcionarios modestos, simples particulares, arrieros, inquilinos y toda clase de gente, le habían acogido con simpatía, brindándole la íntima sencillez de sus hogares y ayudándole en sus búsquedas.

El país había ganado su corazón y él sentía que algo de su alma quedaba cogido entre el desierto calcinado y la selva húmeda, la montaña destrozada y el oleaje interminable. Tierra que conocía y amaba, que había palpado con su mano de naturalista, removiendo piedras y ramas, escudriñando sus pequeños y sus grandes secretos. País de orden y ley, de gobernantes que admiraba y de progreso firme y seguro.

Todo aquello se confundía con su vida, su obra y su corazón y por eso al partir, él que no conocía las emociones vehementes, hablaba en tono reposado de su segunda patria, del hermoso país y de los diez mejores años de su existencia.

(Concluye en el próximo número)

CONCURSO LITERARIO CASA DE LAS AMERICAS, DE LA HABANA; BASES PARA 1968

1

Se considerarán cinco géneros literarios: NOVELA. TEATRO / Obra de teatro. ENSAYO. POESIA / Libro de poemas. CUENTOS / Libros de cuentos.

2

En lo que respecta a Poesía, Novela, Cuento y Teatro, no se exige que el tema se ajuste a características determinadas. El ensayo será un estudio literario, sociológico, histórico o filosófico sobre temas latinoamericanos.

3

Los originales presentados deben ser inéditos y en lengua española. Dichos originales se considerarán inéditos aunque hayan sido impresos parcialmente en publicaciones periódicas.

4

Las obras deberán presentarse anónimamente, en original y copia, escritas a máquina en papel de 8 1/2 × 11 pulgadas (carta), acompañadas de un sobre cerrado en cuyo exterior deberá indicarse el género literario en que concursa y su lema, y en el interior el nombre, dirección postal y ficha biobibliográfica del autor. Para facilitar el trabajo del jurado, se ruega el envío de original y cuatro copias.

5

Los Jurados otorgarán un Premio único e indivisible por cada género, que consistirá en:

- \$ 1.000,00 (mil dólares).
- Publicación por Editorial Casa de las Américas.

6

Los Jurados podrán mencionar, para su publicación total o parcial, en las colecciones, cuadernos o revistas de la Casa de las Américas, y a juicio de ésta, las obras (o partes de ellas) que consideren de mérito suficiente.

7

La Casa de las Américas se reservará los derechos de publicación de la primera edición en español de las obras premiadas y opción preferente de futuras ediciones. Referente a derecho de autor de las menciones publicadas, conforme a la Base 6, se observará lo dispuesto por la legislación cubana al respecto.

8

El plazo de admisión de las obras se cerrará el 31 de diciembre de 1967.

9

Los Jurados correspondientes a cada uno de los cinco géneros se constituirán en La Habana en enero de 1968.

10

Las obras deberán ser remitidas a la siguiente dirección: Case postal 2, Berne 16, Suiza, o Casa de las Américas, G y 3ª, Vedado, La Habana, Cuba.

11

Las obras presentadas estarán a disposición de sus autores hasta el 31 de diciembre de 1968. La Casa de las Américas no se responsabiliza con su devolución. La Casa de las Américas promoverá la traducción de los premios y menciones.